PEREDA

Su vida y sus obras. Su significación literaria y social (1).

Viaje de Pereda a Madrid, Valencia y Barcelona.—Obsequios al novelista.—La elaboración de *Sotileza*.—Particularismo y universalidad de la novela. El hondo sentimiento de su autor.—Soñar en el pasado y vivir en el presente.—Las innumerables bellezas del libro.—El paisaje, las comparaciones, el estilo.—Barruntos de un paralelo y una hipótesis.—La psicología y fisiología de Silda y los granujas de Santander.—El enigma de *Sotileza*.—La magistral figura de Mocejón.—El sano espíritu de los *Cabildos* y la recia contextura de los marineros.—Una retórica objetiva y espontánea.—Un arte puro y simplicísimo.—El gran maestro de la novela española moderna.—Los capítulos secundarios y la lentitud de la acción.—Cleto y Muergo retratados en cuerpo y alma.—Un hecho social deplorable.—El candoroso y abnegado Pae Apolinar.—Las sombras del cuadro: Pereda y los señoritos.—Las cosas en su punto.—Los mejores capítulos y la acción vigorizada.—Plausible desenlace.—Una pincelada más.—Los resplandores de *Sotileza* y el maravilloso engaño de su arte realista.

Pereda fué a Madrid en abril de 1884, no por asuntos literarios, sino «por necesidades de su esposa», según dicen sus biógrafos; mas no por eso dejaron de prodigársele «con verdadero cariño, aplausos y obsequios de marcadísima significación, con especialidad una velada que le dedicó Luis Alfonso», literato y periodista cortesano, redactor y crítico literario de *La Epoca*, que por aquellos días andaba en polémicas con doña Emilia Pardo Bazán sobre el naturalismo; marchó luego a Valencia, donde periódicos como *Las Provincias*, el poeta y literato don Teodoro Llorente y los principales escritores valencianos, «le dispensaron también la más cordial acogida, agasajándole espléndidamente», y siguió de allí a Barcelona, cuyo Ateneo celebró en honor del novelista una solemne sesión en la cual se le demostró, en prosa y en verso, la estimación que se hacía de sus obras. Poca cosa, pues, de particular, ofrecía la vida de nuestro autor,

(1) El presente trabajo es un capítulo del libro que con este título tiene preparado para darlo a la estampa el muy docto y sesudo escritor catalán don Narciso Roure. *(N. de la D.)*

la cual, dejando aparte lo familiar, seguía confundiéndose con la concepción y publicación de novelas maravillosas. Precisamente entonces estarían moldeándose y perfeccionándose en el horno de aquella imaginación privilegiada las esculturales figuras de *Sotileza*, obra aconsejada y esperada ya desde algún tiempo por críticos y amigos del novelista, como Menéndez Pelayo, que tan de cerca le «vigilaba» y aún le servía de «colaborador moral»; obra que apareció por fin, a primeros del año 1885; que representa quizás el esfuerzo máximo y el mayor acierto, es decir, la coincidencia y la fusión más sorprendentes de la inspiración y la reflexión del autor, y que a los ojos de propios y extraños, después del triunfo de *Pedro Sánchez*, acabó de coronarle de gloria.

En efecto: si resonante fué el éxito de aquella novela de carácter general, eminentemente española y *humana* en el sentido más lato (y también profundo) de las palabras, no lo fué menos el de *Sotileza*, novela eminentemente local, santanderina y marinera, pero no menos profundamente humana. En la dedicatoria a sus «contemporáneos de Santander», ensalza Pereda ese carácter local de su nueva obra, cuyo asunto no quiere que sea excluído de la materia novelable. Nótese que lo que no quiere, lo que rechaza, es la *exclusiva* de la novela urbana, moderna y cosmopolita, cuya legitimidad, no obstante, reconocerá explícitamente en *Nubes de Estío*, al final de aquella narración de corte mundano, o de la *buena sociedad* santanderina. Y razón le sobraba para dar importancia a su *localismo*. La voz de quien mejor le quería y que tantas veces debió de servirle de oráculo, había estado soplándole continuamente al oído estas insinuantes y tentadoras palabras: «Tú eres ante todo el autor de *La Leva* y de *El fin de una raza*. Si quieres elevar un verdadero monumento a tu nombre y a tu gente, cuenta la epopeya marítima de tu ciudad natal. Dios te hizo, aún más que para ser el cantor de las flores y de la primavera, para ser el cantor de las olas y de las borrascas. Tú solo puedes traer a la literatura castellana ese mundo nuevo de intensas melancolías y de rudos afectos. Hazte cada día más *local* para ser cada día más universal; ahonda en la contemplación del detalle; hazte cada día más íntimo con la realidad, y tus creaciones engañarán los ojos y la mente hasta confundirse con las criaturas humanas» (1). Pérez Galdós con-

(1) Obras completas, tomo 1.°, p. LXXXVI.

firmó más tarde la oficiosa profecía, diciendo que *Sotileza* es a un mismo tiempo «montañesa y universal» y «es joya tan grande que, para darle estuche, tenemos que empalmar nuestra nación con otras, buscando la universalidad del sentimiento estético.» Tal vez fué más completo el triunfo, no sólo porque Pereda sabía descubrir, detrás del vestido y del color local, la «desnudez humana», como decía el mismo insigne académico, y porque cuanto más tenga de carácter local una obra artístico-literaria, tanto mayor probabilidad tiene de llegar a ser universal, mientras el escritor haya sabido ver, como el nuestro veía, detrás de las costumbres y del lenguaje, «el común fondo de humanidad» de los personajes, según dijo Borís de Tannemberg; sino también porque, como hacen notar ambos panegiristas, los seres retratados en la portentosa novela montañesa, los pescadores y los marinos, son casi los mismos en las regiones de todo el mundo batidas o acariciadas por el mar, y están consagrados en todas partes al mismo rudo trabajo, participando de los mismos peligros con igual abnegación; y así el tipo del pescador resulta entre todos los novelables el más universal y perpetuado en la realidad «desde San Pedro hasta Tremontorio.» «Nada se parece tanto a nuestros valientes pescadores de las costas normandas y bretonas, como los héroes de Pereda», declaró el mencionado hispanófilo francés.

¡Cómo no había de resultar, pues, un prodigio para todos la nueva creación de Pereda, debida al impulso propio, acaso ya irresistible de suyo, y al clarividente consejo ajeno que le estimulaba, si el gran artista, en el delicioso primer capítulo nos declaraba ya desde el fondo del alma que venía a hablarnos «del Santander que tenía allá dentro, muy adentro, en lo más hondo de su corazón, y esculpido en la memoria de tal suerte, que a ojos cerrados se hubiera atrevido a trazarle con todo su perímetro, y sus calles, y el color de sus piedras, y el número, y los nombres y hasta las caras de sus habitantes»!

Y cuenta que la exquisita sensibilidad del ilustre montañés echaría de menos al Santander antiguo, precisamente por eso, por el sentimiento, por el arte, pero no por la decencia y el decoro; porque ¡pinta de un modo a los barrios pescadores...! ¡Buena policía y buena higiene estaba aquella! Véase la muestra: «Cierto que los inquilinos que tenían balcón (en la calle Alta) le aprovechaban para destripar en él la sardina, colgar trapajos, redes, medio-mundos y sereñas, y que tenían la *curiosidad* de arrojar a la calle, o sobre el

primero que pasara por ella, las piltrafas inservibles, como si el goteo de las redes y los vestidos húmedos no fuera bastante lluvia de inmundicia para hacer temible aquel tránsito a los *terrestres* que por su desventura necesitaran utilizarle; y en cuanto a los cubiles que no tenían estos desahogaderos, allá se las componían tan guapamente sus habitadores, engendrados, nacidos y criados en aquel ambiente corrompido, cuya peste les engordaba» (p. 52). Lo cual, del mismo modo que, un poco más adelante, el evidente error, que no comparte Pereda, de las ideas y el lenguaje del armador de la *Montañesa*, departiendo con el capitán acerca del porvenir de Andrés (p. 137-138), prueba que el autor soñaba irresistible y hondamente *con* el pasado, pero *vivía,* razonaba y quería *con* el presente. Acabaremos de verlo cuando comparemos con la radiante *Sotileza* las irisadas *Nubes de Estío* que pasan por el suave cielo de Santander, medio siglo después de haber vivido debajo de él, juraríamos que, en carne mortal, haciendo coro a la gentil muchacha, la familia de D. Venancio Liencres, Bitadura y las «hembras de Mocejón».

Las bellezas de este libro, del que ahora analizamos, son innumerables. Una de las primeras, que deja al lector admirado, es la pintura de Muergo en un *cole,* cuando «en un abrir y cerrar de ojos, desató el bramante de su cintura, largó el chaquetón que le envolvía hasta cerca de los tobillos, y se lanzó al agua de cabeza, con las manos juntas por delante. Tan limpio fué el cole, que apenas produjo ruído el cuerpo al caer; y sólo unas burbujitas y una ligera ondulación en la superficie indicaban que por allí se había colado aquel animalote, que buceaba, como una tonina, meciéndose, yendo y viniendo alrededor del canto gordo, con la greña flotante, cual si fuera manojo de porreto; se le vió en seguida remover la piedra, mientras sus piernas continuaban agitándose blandamente hacia arriba, coger el blanco envoltorio, llevársele a la boca; invertir su postura con la agilidad de un *bonito,* y, de dos pernadas y un braceo, aparecer en la superficie con la moneda entre los dientes, resoplando como un hipopótamo de cría». Al acabar de leer esto se pregunta uno: ¿pero de dónde saca Pereda las comparaciones? ¿Habría visto los hipopótamos de cría?

Pues ¿y el maravilloso paisaje del capítulo titulado *De la Maruca a San Martín?* A él me refería cuando, más atrás, al tratar de los *Tipos y paisajes,* hablé del profundo sentimiento y la suprema elegancia de ciertas expresiones de Pereda.

«La mar, verdosa y fosforescente, rizada por una brisa que yo llamaría juguetona, si el término no estuviera tan desacreditado por copleros chirles y por *impresionistas* cursis, que quizá no han salido nunca de los trigos de tierra adentro; el sol, despilfarrando alegre sus haces de luz, que centelleaba entre los pliegues de la bahía y en los rojos, traidores arenales de las Quebrantas. Allá en el fondo del paisaje, los azulados picos de Matienzo y Arredondo; y más cerca, las curvas elevadas y los senos sombríos de la cordillera que iba perfilando la vista desde el cabo Quintres y las lomas de Galizano, hasta los puertos de Alisas y La Cavada, transparentándose en una bruma sutil y luminosa, como velo tejido por hadas con hilos impalpables de rocío; y allí, al alcance de la mano, los cerros del Puntal, recibiendo en sus cimientos arenosos los besos amargos de la creciente marea. Por todo ruído, el incesante rumor de las aguas al tenderse perezosa en la playa contigua, o al mojar con sus rizos, agitados por el aire, las asperezas del peñasco. No se veía el pulmón bastante henchido nunca de aquel ambiente salino, ni la vista se hartaba de aquella luz reverberante, parlanchina y revoltosa, que se columpiaba en la bruma, en las aguas y en las flores.»

¡Qué fuerza de estilo en la pintura de ciertos pormenores!

«Por de pronto no hubo cama para ella (la muchacha Silda, más tarde Sotileza, alojada en casa de las hembras de Mocejón): verdad que tampoco la tenían Carpia y su hermano. Allí no había otra cama propiamente hablando y por lo que hace a la forma, no a la comodidad ni a la limpieza, que el catre matrimonial, en un espacio reducísimo, con luz a la bahía, el cual se llamaba sala porque contenía también una mesita de pino, una silla de *bañizas,* un escabel de cabretón y una estampita de San Pedro, patrono del Cabildo, pegada con pan mascado a la pared.»

Pero con una fuerza así, también podrían describirse cosas modernas y universales... Y el mismo Pereda las describió en *Nubes de Estío* y en otras partes... Mas no nos precipitemos en trazar ese paralelo, o en discurrir sobre esa hipótesis que se impone y nos atrae.

Unas citas latinas de Fray Apolinar, mal escritas y no corregidas en la edición de «Obras completas» (y es mero pormenor que noto de pasada), llama mi atención en las páginas 80 y 84, pues, aunque rudo, no puede creerse, ni está bien que se crea, que el humilde ex-

claustrado no supiese que no se escribe *dimitimus* y *manos*, sino *dimittimus* y *manus*.

Capítulo V: *Cómo y por qué fué recogida.* Silda, la huérfana de Mules, que no podía aguantar las furias de Carpia y la Sargüeta en casa de Mocejón, fué a parar a la de Tío Mechelín y Tía Sidora. ¡Cuán bien redondeado este capítulo! ¡Y cómo empieza allí a hablar la heroína del poema, pidiendo una camisa para Muergo, que la había maltratado, y tan feo y sucio era!

—¿Y con tóo y con eso pides camisa para él? ¡Un rejón que le parta!

—¡Da asco verle, de cómo anda! Pero si le dan aquí camisa, que no la lleve si no se corta las greñas y se lava las patas. Es muy lichón: ¡muy lichón!... ¡y muy burro...! ¡y muy malo!

—Entonces ¿por qué mil demonios te apuras tanto por él?

—Por eso, porque da asco verle... y su madre no tiene vergüenza...»

¡Qué salidas las de la muchacha, en apariencia tan sin sentido, en realidad tan características, tan misteriosas y humanas al mismo tiempo! No analiza el novelista por ahora (recuérdese el título del primer capítulo en que nos presenta la granujería del Muelle Anaos y la Maruca en casa del Pae Apolinar: *Crisálidas),* las relaciones *sexuales,* que irán naciendo entre Silda y los pilluelos que la acompañaban; ni siquiera habla de ellas; pero se adivinan ya. Latentes aún, no cabe duda que se irán presentando... Las *crisálidas* se convertirán en *mariposas.* De la realidad misma de sus personajes surge en el arte de Pereda la fisiología y la psicología (1).

En el capítulo *Un cabildo,* resaltan la magistral figura, el gesto y los andares de Mocejón. Allí, en aquel concurso y aquellas delibera-

---

(1) La misteriosa inclinación de Sotileza hacia Muergo, ha sido muy discretamente notada y estudiada por Menéndez y Pelayo, con su acostumbrada erudición, en la crítica —en la entusiasta apología, mejor dicho,—que hizo de esta novela. Allí aplica con mucha propiedad al original sentimiento de la arisca joven por el feo mocetón, el dicho de Petronio: *Quœdam feminœ sordibus calent.* «Sotileza—dice además,—con ser muy mujer, tiene algo de esfinge tebana, y el autor no ha hecho más que levantar una punta del velo sagrado». Boris de Tannemberg declara haberle referido el propio autor de *Sotileza* que, a poco de publicar esta obra, recibió numerosas cartas en las cuales se le pedía la declaración del íntimo y verdadero sentir de la codiciada muchacha.

ciones de los mareantes, puede verse en algunos de ellos el espíritu malévolo, de contradición, envidia y despecho; anárquico en una palabra. Pero sobresalían la buena fe, la honradez y la nobleza, sólidamente cimentadas en la fe religiosa, los cristianos sentimientos y los fortificadores hábitos de la profesión y el trabajo, tan a menudo confundidos con el heroísmo de aquellos rudos marineros, avezados a contemplar la muerte cara a cara y con un pie siempre en el estribo para emprender el viaje a la eternidad. Al final del Cabildo, las palabras de Mocejón llegan al colmo de la energía, de lo gráfico y lo pintoresco.

¿Y qué diremos de *Los «marinos» de entonces;* de aquella raza especialísima de estudiantes de naútica, «que no parecían nacidos de madre, como toda la descendencia de Adán, sino *construídos de roble en la gradas de un astillero»?* ¡Cuántas frases como ésta, en las descripciones de Pereda, con las cuales el gran escritor parece haber arrancado las fuerzas vivas de la realidad para trasladarlas al papel, estampándolas con un lenguaje tan expresivo, con tan vibrantes caracteres, que hieren los oídos y los ojos como las cosas mismas. con sus propios perfiles y colores, movimientos, ruídos y armonías! El modo de hablar de los marinos, con sus adecuadas imágenes y metáforas de las cosas del mar, maravillosamente aplicadas a las cosas de la vida, corresponde perfectamente al modo de pintarlos el autor. También su retórica, como su ciencia del corazón, parece brotar espontáneamente de las cosas mismas. Tal sucede al final del bello capítulo de la galerna, donde el lector contempla materialmente los desatentados movimientos y siente los crujidos del maderamen de la pobre embarcación destrozada por la furia de las olas: tanta es la fuerza onomatopéyica de las palabras. Y todo esto con tan justa sobriedad, con una selección tan acendrada, que son el colmo de un arte instintivo, a la vez sutilísimo y natural (yo no se de qué otro modo calificarle), en que desaparece de la vista todo artificio y todo procedimiento; un arte puro y limpio de toda composición y todo arreglo, a lo menos en los pasajes y escenas culminantes, en los que caen de lleno dentro de las visuales y los dominios del escritor. Así es el arte del autor de *Sotileza.*

Sí: él es el gran maestro de la novela española moderna, por el fondo y por la forma, por el interés *real* de la narración, por el estilo nsuperable y por el inestimable valor de los *documentos humanos*

escogidos. ¿Qué tienen que ver con éstos los que pueda haber entre la hojarasca de las novelas de Galdós? ¿Dónde está la realidad, toda la realidad que es posible encontrar en el arte literario, reflejo escrito del mundo y de la vida? Y están allí, en los libros de Pereda, tan bien escogidas a veces las palabras, las sílabas y hasta las letras, que parecen tener un valor eufónico y hasta eurítmico en sí mismas, con independencia de su significado, como si se tratara de producir con ellas una armonía musical o crear una belleza arquitectónica. Y todo esto, repito, sin artificio, y, al parecer, hasta sin esfuerzo.

Nuevamente Pereda, para cohonestar su insistencia en la descripción de accesorios del relato, estampa el recuerdo vivo y profundo, lleno de sentimiento, del viejo Santander, diciendo que lo tiene grabado «en las tablas vírgenes de la memoria». Pero es el caso que con la pintura de tipos, costumbres y paisajes, tomados del natural, suministrados por el recuerdo, vivificados por el sentimiento y exaltados por el arte, plantea todos los datos de una novela que se desarrolla magistralmente, demostrando para ello su singular y equilibrado talento. Con todo, los capítulos que siguen al citado de *Los Marinos de entonces,* no rayan a la misma altura, y no tanto son de novela como de historia o descripción local, aunque vayan sentando las bases o los antecedentes del argumento. La acción es todavía lenta, apenas está comenzada. Además, en estos capítulos y en los tres o cuatro que siguen, hay alguna frase oscura y otras incorrectas, alguna de ellas corregida en «Obras completas».

Los comienzos del capítulo XIII *(La órbita de Andrés),* tienen relación de antecedente con algunos de *Nubes de Estío,* que a mí (y supongo que a la generalidad de los lectores de ultra-puertos, como diría Pereda), me interesan más por ser más modernos. Algo pueril o superficial me parece ese capítulo, que, en parte (luego no), tiene el carácter de digresión.

Pero tampoco faltan las bellezas en los que motivan los anteriores reparos o tiquismiquis, por ejemplo: la casi muda, pero elocuente escena entre Cleto y Muergo, en la cual éste se niega a obedecer la intimación de aquél para que abandone la bodega en que se halla Silda, y obtiene la siguiente réplica: «Pus te voy a dar dos morrás... Pero no grites, anque te salte las muelas... Tampoco yo gritaré». Parece luego que uno está oyendo el sordo ruído de los mojicones que se reparten los dos rivales enamorados de la muchacha, en el si-

lencio y las tinieblas del portal, para no ser descubiertos. En cuanto a Muergo, le vemos en toda su animalidad, con su fealdad creciente, su pasión indómita por la hermosa callealtera... y su alma en su almario. Una sola interjección, una sola frase puesta en los labios del «monstruo», nos dice más que un detenido análisis psicológico. Así, por ejemplo, cuando, estremecido o electrizado por una impresión procedente de Sotileza, a un «¿qué haces?» o «¿qué tienes, burro?» del extrañado y sorprendido Tío Mechelín, responde Muergo con un seco y reconcentrado «ná que le importe».

En boca de la Tía Sidora, de ordinario tan risueña, afligida y apurada a la sazón por una recia enfermedad de su ya viejo y achacoso marido, el no menos decidor y alegre Tío Mechelín, y confiando sus cuitas a la nobleza y generosidad del señorito Andrés, con patético lenguaje, esmaltado de alguna imagen bellísima; en boca digo de la excelente valedora de Sotileza, pone el autor la expresión de un hecho social que no quiero mentar aquí por no echar ni una brizna más de leña al fuego de esa pavorosa «cuestión» que si entonces, a mediados del pasado siglo, parecía dormida (por más que obraban ya, entre las causas de ella, *pequeñeces* como la de que se dolía amargamente la sencilla y honrada marinera), hoy está demasiado ardiente y marcha a paso de carga, quién sabe si hacia el abismo.

Pereda está realmente delicioso en los personajes populares: en los capítulos *El diablo en escena* y *El paño de lágrimas,* Cleto y el «Pae Polinar» hablan maravillosamente.

«Es verdad—dice el fraile, que andaba atareado preparando un sermón, a Cleto que le interrumpe para pedirle, más que consejos, auxilio en sus pretensiones de casarse con Sotileza, y ni por pienso se le ocurre ir a escuchar el «pedrique» del exclaustrado—es verdad, que tú eres del Cabildo de arriba... Pero otros del de abajo me oirán, y ya llegarás a saber si aquello que yo les diga se aprende en un par de meses... ¡Vaya con estos muchachos que nacen enseñados y con la palabra de Dios, *verbum Dei,* entre los labios!... Y ahora dime: ¿qué tripa se te ha roto? ¿Qué me quieres? ¿Por qué me buscas, *et quare conturbas me?*»

Nótese que digo *populares,* no tan sólo marineros y campesinos. El Berrugo de *La Puchera,* y aun otros más empingorotados, que también pueden ser *populares,* como el Duque en *Nubes de Estío,* hablan muy bien, con toda propiedad. No sucede lo mismo con otros

tipos no tan *bien vistos* del novelista. A los gomosos y petimetres, no los quiere el ilustre montañés; les apostrofa elocuentemente como, verbi gratia, cuando dice, refiriéndose a Andrés: «La capitana (su madre, mujer de Bitadura) le quería elegante y distinguido a fuerza de perfiles, miramientos, discreciones y finezas, es decir, haciéndole esclavo de su vestido, de su palabra y de cuatro leyes estúpidas impuestas en salones y paseos por unos cuantos majaderos que no sirven para otra cosa mejor; y Andrés, con su gallardía natural, con su varonil soltura y su ingenuidad noblota, era precisamente de las pocas figuras que encajan bien en todas partes, aunque en ninguna brillen mucho».

A estos señoritos pisaverdes, idólatras de la moda, no puede tragarlos el autor de *Sotileza,* y una y otra vez los caricaturiza o satiriza burlándose de ellos con ironía y con desprecio (véase la chistosísima alusión a los «boqui-rubios de ogaño» en el capítulo VI). Quizá será por esto, por la misma insustancialidad e insipidez de los tipos, que no sabe o no quiere o no considera adecuado prestarles las finísimas perlas artísticamente engarzadas, sin mengua de la verdad, en el estilo de otros personajes. Pero sabe pintarlos y hacerlos hablar como les cumple, y la figura del c...tintas de Andrés que, aunque no es de los lechuginos, tiene su relativa insignificancia y, por ende, no vale tanto como la de los pescadores, es muy real, encaja bien en la narración y hace resaltar la entereza de carácter de la heroína, con la pasión que ésta le inspira y de la cual tan bravamente se desentiende la garrida moza. Lo mismo puede decirse de la familia de D. Venancio Liencres, con la cual, por la fuerza irresistible de las cosas, va a emparentar Andrés, casándose con Luisilla; aunque tal vez falten en esos tipos los matices, el claro-oscuro que, para hacerlos interesantes, requiere su pintura y que otras veces sabrá encontrar el novelista. Claro está que, en cuanto Pereda vuelve a Sotileza, Muergo, Cleto, etc., está sobre toda ponderación admirable. La hermosura de los capítulos *El idilio de Cleto, Muergo de gala, Los de arriba y los de abajo,* con las pasiones de los muchachos tan viva y castamente pintadas, es sencillamente imponderable, un prodigio del arte realista. Pero ¿quiere esto decir que no esté bien lo demás? De ningún modo, pues en obra alguna pueden ser superiores todos los componentes; por otro lado, los que no lo son, sirven para que se vea claramente la ventaja que los demás les llevan; quiero decir, que los

unos hacen resaltar los otros, como sucede en las desigualdades de las cosas de la vida. Para explicar mejor mi pensamiento, diré que esa inferioridad estética del elemento señoril, *urbanizado,* en el libro de Pereda, nace de las cosas mismas: artísticamente, literariamente, acaso sea inevitable. Conviene fijarse en esto si se ha de apreciar en lo que realmente valgan ciertos ataques y censuras de que fué blanco el novelista santanderino. Porque predominaba en él el vigor, la grandeza, la sublimidad, se dijo que no sabía herir las delicadas cuerdas del sentimiento; porque descollaba sobre todo en la pintura de las gentes y costumbres campesinas y populares, se afirmó que no acertaba a retratar las de los grandes centros urbanizados. Las mismas excelencias del maestro han servido a cierta parte de la crítica para cargar la mano sobre los defectos; y es justo poner cada cosa en su punto.

Volviendo, para concluir, al fondo de la novela, al argumento y a la acción, de que nos distraían los preciosos pormenores, en cuya riqueza se aventaja este libro a todos los demás del autor, añadiré que el desarrollo, desde el capítulo *Un día de pesca,* o antes, se hace interesantísimo, y que el final tiene toques profundamente conmovedores en medio de su sencillez. Junto con el realismo incomparable, el alto relieve de escenas y personas en medio de las cuales le parece a uno haber vivido (gloria muy grande la del novelista que sabe comunicar al lector esta impresión), hay la profunda moralidad social y religiosa, es decir, perfecta conveniencia social y perfecta moralidad del desenlace. Sotileza, la antigua Silda, la huérfana de Mules, sigue los consejos de sus protectores, que la sirven de padres, y acepta a Cleto, cuyo amor es el más dulce, el más puro el más poético, sin dejar de ser humano, de cuantos la solicitan, y, natural y socialmente, el más recomendable.

Al final del libro, en la edición definitiva, ha añadido el autor una pincelada más relativa al patético cuadro de *La Leva,* ya descrito en las *Escenas,* con la cual se destaca por última vez la estupenda figura del «paño de lágrimas», del popular apóstol Pae Polinar.

El poema de la hermosa calle-altera, aunque en algunos de sus personajes y escenas alcance también homéricas proporciones, no tiene la suprema sencillez y majestad del canto épico llamado *Peñas Arriba,* en cuyo impulso, sentido y alcance final influyó tal vez la honda emoción del autor, producida por una inmensa desgracia que

cayó sobre él y detuvo su mano mientras le escribía; uno de esos grandes infortunios de la vida que por medio del desengaño, el dolor y la resignación cristiana, por la misericordia de Dios esclarecen y avivan los sentidos del alma; pero tiene más vida, más animación, más interés dramático en su conjunto y singularmente en muchos pormenores. En este concepto, *Sotileza* excede a todas las demás creaciones de Pereda, y, en lo que concierne a la índole del asunto, la profunda realidad y poesía de los pescadores y la voluble y traidora inmensidad del mar, ningún otro escritor español ha llegado a igualarle. Y pocos serán los extranjeros que le aventajen. Boris de Tannemberg, tal vez como buen francés, prefiere la firma de las marinas de Pedro Loti en *Pecheur d'Islande,* y por encima de los soberbios paisajes de Pereda, que le parecen algo recargados, coloca las figuras (1).

«Nunca ha tenido la gente de mar pintor más hábil», exclamó Galdós entonando un cántico en loor del de Pereda a los valientes y resignados mártires de las veleidades del Océano. El tiempo y la posteridad han de pronunciar el fallo definitivo, si es que hay fallo definitivo en lo que está sujeto a las disputas de los hombres. Por mi parte, concluyo diciendo que, con ser tan natural, lo imaginado en este libro toca muchas veces en los confines de lo maravilloso, y llega a producir al lector la alucinación de las grandes creaciones de la literatura.

NARCISO ROURE.

---

(1) Tanto en los personajes como en el fondo, falta en el libro de Loti un elemento que infunde calladamente en los de Pereda la más sublime grandiosidad y saludable eficacia: el sentimiento religioso y la esperanza de lo ultraterreno. El autor de *Sotileza,* confiado y creyente, ve en la inmensidad de las aguas el poder de Dios, y en el hombre que lucha con ellas, un ser dotado de alma inmortal, un ser que padece, y triunfa o sucumbe, con la esperanza de un premio eterno. El autor de *Pecheur d'Islande,* con un nihilismo aplastante, con una tristeza enervadora, no ve en el mar sino una negación, la «inmensa nada azul», y en los pescadores la presa fatal e irredimible de la muerte. El libro de Pereda reconforta, el de Loti deprime y anonada.

No obstante, un poco más allá, tratando de *Peñas Arriba,* M. Boris declara que «no teme repetir que, en nuestros días, otros paisajistas literarios han poseído una paleta más rica y un pincel más hábil que los de Pereda; que Taine, por ejemplo, autor del *Viaje a los Pirineos* (y el escritor extranjero, añado yo, con cuyo estilo, en efecto, más se parece el del nuestro), es un artista más refinado y un colorista más vigoroso *(plus chaud).* Y, sin embargo, leyendo *Peñas Arriba,* se encuentra uno en presencia de un arte superior, menos recargado *(succhargé),* menos laborioso, y tanto más potente cuanto que ni siquiera se deja entrever.»